

La Voz de México:

"Infatigable para los rudos trabajos del despacho; lleno de vida, no obstante su edad avanzada; en el góce de una salud que prometía largos años de existencia, sin embargo de estar carcomida secretamente por el gérmen de la muerte, el Sr. Juárez se entregaba con indecible ardor al pensamiento de salvar á la República, sin preocuparse un sólo instante con el de su salvación propia; desvelábase en busca de los medios que destruyesen la revolución que está asolando á nuestro país, sin sospechar siquiera que estaba en vísperas de ser destruído él mismo. ¡Qué impenetrable es el velo de lo futuro! ¡Qué superiores á nuestra débil razón son los arcanos de Dios, en quien vivimos, por quien somos y nos movemos!

"A la muerte de un hombre que ha brillado en el mundo con una luz siniestra ó benéfica para el porvenir de un pueblo, la historia se apodera de su nombre y se afana por recoger sus hechos á fin de presentarlos en aquel mismo orden en que el tiempo se ha encargado de desenvolverlos. Entonces se comparan épocas con épocas, y tal vez de esta minuciosa investigación, brotan lecciones severas de altísima importancia para la moral. ¡Cuán diferentes situaciones, cuán distintos proyectos, cuán variadas esperanzas para lo futuro! ¿Pensaba acaso en su muerte el Sr. Juárez en Julio de 1859? Probablemente no le ocuparía en aquella fecha otra idea que la de inmortalizar la memoria de su Gobierno por medio de leyes de tal importancia para el estado social de la República, que fuesen de todo punto inolvidables:

"¿Fu vera gloria?
Ai posteri l'ardua sentenza."

"Apartemos la vista del hombre político, reconozcamos el mérito del hombre privado, tal cual nos le presenta la fama pública y el testimonio unánime de los que disfrutaron de su intimidad. Laborioso, dedicado al estudio, amante del deber, excelente esposo, padre tierno y vigilante, amigo servicial y decidido, podía gozar, como gozó el Sr. Juárez en el seno del hogar doméstico, de todas las dulzuras que tan distinguidas prendas le proporcionaban, y que no pocas veces serían bastantes aun para indemnizarle de los sinsabores anexos á la perpetua agitación de la vida pública. Bajo este aspecto, la sociedad entera creemos que, como nosotros, lamentará su pérdida y unirá á las de su familia las demostraciones sinceras de su sentimiento. Esperamos que Dios, en el piélagos inmenso de sus misericordias, la haya tenido para con él, y que no le habrá juzgado como acaso le hayan de juzgar los hombres."

La Revista Universal:

"El Sr. Juárez era un gran patricio: sus actos quedan grabados en las planchas de bronce en que la Historia recuerda las cosas memorables; México le debe grandes servicios, y hoy que el velo de la muerte está echado sobre su robusta y tenaz existencia, comienza su verdadera vida, cuyo examen desapasionado será objeto del estudio de todos nuestros hombres públicos."

La Orquesta:

"Juárez ha muerto.

"Estas palabras deben resonar en los oídos de todo el mundo, como el ruido que produce la caída de un gran monumento, de un coloso.

"El patriarca de la Reforma, el hombre del progreso, el apóstol de la igualdad, ya no existe. Juárez estaba destinado á caer bajo la segur de la parca, y nada más. La muerte de Juárez es su *apoteosis*. Lleva algunas horas de haber pasado á la eternidad, y hoy no sólo queda de él una memoria, sino un título para bendecir su genio. México, no sólo México sino el mundo entero, tienen que registrar este acontecimiento en los siniestros anales de la catástrofe; y encima de la tumba sólo cabe colocar coronas y hacer brillar las luces de la gloria.

"Las glorias del ilustre finado no morirán jamas, porque son las de una historia á la cual identifica la humanidad sus intereses..... La historia del progreso.

"Juárez nació diciendo "adelante," y supo imprimir á su patria una marcha que debería hacerla llegar al punto más alto de la civilización. Hoy no es un cadáver, sino la última página de una gran historia."

La Iberia:

"El cadáver del Sr. Juárez fué trasladado de su casa particular á una de las piezas de la Presidencia, donde fué embalsamado ayer por la mañana.

"Desde temprano se anunció que en la misma mañana haría el nuevo Presidente la protesta de ley ante la Diputación Permanente, por lo cual las galerías del Congreso se llenaron de innumerables personas de todas clases, deseosas de presenciar la ceremonia.

"Desde las once, el Sr. Sánchez Azcona, presidente de la Diputación, ocupaba el sillón de la derecha bajo el dosel del Congreso.

"A las once y media entró en el salón el Sr. Lerdo, vestido de luto; subió las gradas, estrechó la mano del Sr. Sánchez Azcona, y leyó en un papel, en medio del más profundo silencio de la inmensa concurrencia, la protesta siguiente, conforme al art. 83 de la Constitución:

"Protesto desempeñar leal y patrióticamente el encargo de Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, conforme á la Constitución y mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión."

"En seguida se retiró el Sr. Lerdo, y terminó el acto, retirándose también silenciosa la multitud.

"Poco después de muerto el Sr. Juárez, se participó por telégrafo el triste acontecimiento á todos los puntos que recorren y adonde llegan las líneas telegráficas. A estas horas debe saberse ya en casi toda la República, y en todas partes habrá causado la misma impresión súbita y dolorosa.

"El Sr. Juárez ocupará un gran lugar en la historia de nuestra época, y es seguro que sus conciudadanos no escasearán las demostraciones de duelo y de respeto á su memoria."

El Socialista:

"Benito Juárez, el gran caudillo de nuestra segunda independencia, el incorruptible Supremo Magistrado, el esclarecido y virtuoso patricio, ha dejado de existir, aumentando con su nombre el catálogo de la historia, donde más tarde bendecirán su memoria las generaciones futuras.

"Esa figura colosal de nuestra patria, faro resplandeciente, luz radiante que brillará en el borrascoso mar de nuestras conmociones intestinas, se ha extinguido para no volvernos á alumbrar, para ya no guiarnos á seguro puerto de salvación y de gloria.

"El que con paternal impulso supo levantar á nuestra querida patria del polvo en que la hundiera la cuchilla del obscurantismo y del retroceso, librándola así de la dominación despótica del aventurero y haciéndola digna de figurar entre las naciones cultas del globo, ha volado á la mansión donde se premia á los buenos.

"El que supo conservar el fuego sagrado de la libertad en el tenebroso centro de la anarquía, afrontando con heroísmo situaciones difíciles que hubieran hecho vacilar el ánimo de cualquier hombre de la época menos esforzado que él, hoy ya es un cadáver. Con su sublime abnegación y sobreponiéndose á todas las miserias humanas, consagró su vida entera al bien y engrandecimiento de nuestro país; y si alguna vez el ciego espíritu de partido puso en duda la rectitud de sus sanas intenciones, los hechos nos están aún mostrando el sello estricto de la justicia que llevaron todos sus actos.

"La inquebrantable energía de que tantas pruebas nos diera en circunstancias anómalas para nuestra nacionalidad, constituye por sí sola la mejor vindicación de sus pequeños errores.

“Ha bajado á la tumba tan admirado y tan grande como lo contemplamos al lado de Ocampo, Degollado, Llave, Gutiérrez Zamora, y de otros tantos dignos mexicanos de inmortal memoria para nuestra República.

“Nosotros, hijos del pueblo, industriales que por medio de nuestro trabajo corporal subvénimos á las exigencias de nuestras familias; que no conocemos las artesonadas cámaras de Palacio, y sólo algunas veces hemos admirado su antigua estructura desde la Plaza de Armas; nosotros, pobres obreros, que no aspiramos á ningún puesto, que no deseamos pertenecer al *budget* del Estado; que nos son desconocidas todas esas aspiraciones de los hombres públicos, al saber, la mañana del viernes, la fatal nueva que circulaba de boca en boca, sin ser creída, hemos dejado caer de nuestras manos los instrumentos que nos sirven para ganar el pan, y la tristeza ha penetrado en nuestros corazones.”

El Distrito Federal:

“Antenoche á consecuencia de un ataque fulminante al corazón, dejó de existir el Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, C. Benito Juárez.

“La voz de los partidos debe callar ante el supremo fallo del tribunal de la historia. Debe la patria apartar un momento la vista de las heridas con que las facciones políticas le han desgarrado, y cobijar bajo su sagrado manto la memoria del hombre más grande que ha regido sus destinos, del benemérito patriota que identificó su nombre con el suyo en los días aciagos de la prueba, y cuyas glorias serán en adelante inmarcesibles, formando una sola luz con el esplendor de la República.

“Benito Juárez se alzaba sobre todos nuestros gobernantes, con la estatura del gigante que descuella sobre cuanto le rodea; era imposible pensar en Washington, en Bolívar, en Hidalgo, sin añadir involuntaria y mentalmente á aquella trinidad augusta, otro nombre venerado: Benito Juárez.

“Imposible recordar los días heroicos en que las inteligencias liberales engendraron la Constitución de 57, sin ver destacarse entre aquel grupo de apóstoles del derecho, la figura enérgica, granítica de Benito Juárez, columna inquebrantable que debía ser más tarde su primer apoyo, cuando la aleve mano del retroceso quisiera arrancar los fundamentos del templo de la libertad.

“Quien pasa ante los muros de Veracruz, se siente lleno de un respeto indecible: son esas murallas y esos bastiones, es aquel pueblo indomable y acostumbrado á marchar á la vanguardia del progreso, quienes han mirado fulgurar en la mano de Benito Juárez, el sol deslumbrante de la Carta Fundamental, su egida, sobre la cual todos los rayos de la preocupación y el fanatismo se estrellaron como últimas y débiles chispas de un incendio; es ahí donde la serena frente del hombre que había impuesto á su brazo la dura fatiga de arrojar al abismo de la impotencia los escombros del gran edificio clerical, se trasfiguraba entre el estrépito de los cañones y el humo de los combates, y entregaba al pueblo mexicano las tablas de la Ley, la Reforma, símbolo santo de todas nuestras aspiraciones, de todas las ideas redentoras, del pensamiento de las naciones humilladas bajo el yugo del sable y el altar.

“Y cuando más tarde, ondea en los monumentos de la metrópoli el pendón tricolor, en que el águila tradicional había aparecido más radiante bajo la sublime corona del gorro frigio, el pueblo mexicano levantaba sus himnos de gratitud á Benito Juárez, al incansable obrero del porvenir, cuyo corazón no sólo no había flaqueado ante los inminentes peligros de la Nación confiada á su genio, sino que había sido bastante grande para ofrecerle su vida misma: aquel plebeyo era entonces más grande que todos los reyes y emperadores del mundo; un *hossana* universal le esportaba, y se pudo creer que Benito Juárez había llegado al apogeo de la gloria.

“No. Mayor tenía que ser aún su ascensión en el cielo de nuestra historia: Benito Juárez miró de frente á los potentados europeos y recogió sin miedo el guante que tres colosos le arrojaban al través del Océano. Su patriotismo convirtió en un solo cráter el suelo mexicano; de ahí debía brotar la gran erupción, definitiva, de nuestra dignidad ofendida, sepultar bajo torrentes de

lava á los sacrílegos invasores, y petrificar con su aspecto á la gran prostituta del crimen, á la reacción. Desde que el quinto sol de Mayo se desposó indisolublemente con el estandarte de Zaragoza, hasta que el último estertor de agonía del Imperio se extinguió sobre el Cerro de las Campanas, Benito Juárez no cesó de avivar con el hálito poderoso de su voz profética el fuego santo de la libertad: los héroes la identificaban con él al prorrumpir en su clamor de guerra; los mártires evocaban su nombre bajo el huracán de las balas francesas, y los apóstoles lo recordaban á las masas en los momentos de desmayo. Benito Juárez se presentó ante las miradas atónitas del mundo, más grande aún que en las pasadas épocas. La Europa se detuvo un momento, se preguntó quién era aquel titán que así se imponía á su atención, y buscó avergonzada entre sus más prominentes figuras una que se le asemejara.

“Desde entonces, ¿quién no ha llegado á conocer y venerar el nombre de Benito Juárez? ¿Qué nación no se ha ocupado del pobre indio oaxaqueño, que hace veinte años apenas era conocido en su país, y hoy llenará el recuerdo de todos los hombres, tomando en la imaginación de sus innumerables admiradores las proporciones fabulosas de un personaje legendario? Su popularidad ha rebasado los diques de su patria, y su nombre se ha hecho sinónimo de libertad; cuando los Castelar, los Hugo, los Gambetta, los Garibaldi, los Céspedes, los López, han querido electrizar á sus conciudadanos para arrojarlos á las grandes y nobles luchas de la idea, el nombre de Benito Juárez, su ejemplo grandioso, ha sido, por decirlo así, un botafuego provocador de santas explosiones.

“Benito Juárez será en adelante uno de esos nombres que no pertenecen á determinada nacionalidad: en la región de los *iguales*, en que su alma se cierce en este momento, ahí donde han dejado su estela inextinguible desde Leonidas y Harmodio hasta Brown, Lincoln y Mazzini, en nuestros días, él irradiará por igual sobre sus hermanos de la tierra y mirará con amor á sus antiguos compatriotas, infundiéndoles sin cesar el culto de las ideas á que él consagró su vida.

“Entretanto, su poderoso cerebro se ha extinguido, su elevado espíritu ha dejado su cárcel terrena para remontarse en el éter, y desde ahí contempla á la patria mexicana. ¿Ha partido para siempre? No: su memoria será un estímulo para sus conciudadanos, si las amargas horas de la prueba vuelven á enlutar la frente de México; y quién sabe si algún día esa grande alma, más purificada en la vida de ultratumba, vuelva á habitar entre nosotros con una misión más difícil todavía, pero más trascendental, y que él sabrá llenar con más gloria aún!

“Benito Juárez, sé feliz allá, y no retardes tu vuelta!—*Justo Sierra.*”

*El Federalista: **

“El más grandioso período de nuestra historia nacional acaba de cerrarse con el mármol de un sepulcro. ¡Juárez ha muerto!

“Intérpretes de la juventud liberal que ama en vos la personificación más elocuente de las democracias latinas, hemos querido asociaros al duelo del país entero, hemos querido que, al pasar definitivamente á la posteridad, el nombre del patricio sellase vuestra carta de ciudadanía mexicana, y para nuestra gloria y para vuestra honra, colocamos sobre esa frente de gigante vuestro laurel de bronce.

“Vos lo sabéis.—El que ha muerto encarnó en México el advenimiento de las ideas redentoras de nuestro siglo: su impasible figura se destaca en el horizonte matinal de la Reforma como un dedo de granito escribiendo la profecía de muerte en medio de la orgía lúgubre de la reacción.

“Cuando ese raquíptico soñador del mal, que concibió desde su trono bizantino el designio de desenterrar el cadáver de la tradición monárquica de su tumba impura, profanó con sus legiones nuestra tierra americana, Juárez tuvo la suerte de representar el principio de las nacionalidades, reconquistadas por el derecho y conservadas por la libertad, contra el hombre que si pensaba restaurarlas por el pueblo, quería guardarlas para los Césares; fué el derecho de América á vivir,

* Este artículo fué dedicado á Emilio Castelar.

á respirar libre y soberana, desde donde engarza en congelados cristales el eje imantado de los polos, hasta su cíngulo tropical, bordado por las constelaciones y cerrado por el sol; tierra peligrosa era la que dejaba correr á torrentes por los canales respiratorios de sus cordilleras el oxígeno generador de la fiebre de la libertad; el día brillaba tanto en América, que empezaba á iluminar las tinieblas europeas. Era nuestro cenit, una aurora en Ultramar. Y temblaron los asfixiadores del género humano.

“La marea de la invasión subió amenazadora, todo quedó hundido, todo, exceptuando la rompiente en que se abrigó el arca santa de la República; todas las frentes se inclinaron, todas, exceptuando la frente de Juárez que permaneció ante el hundimiento de nuestra autonomía, erguida como sólo puede erguirse la conciencia ante la fatalidad.

“Y de ese escollo jamás quebrantado, tras la invasión que huía, de campanario en campanario, se precipitó nuestra aguililla anidando en los picos volcánicos de nuestra sierra, sublimes campanarios de los Andes americanos.

“Vos lo sabéis, vos que lo habéis proclamado así en la tribuna, al par que Víctor Hugo en Patmos, y en Caprera Garibaldi, el Ruy Díaz de la era nueva.

“Y por eso Juárez ha conquistado el derecho de hacer de la bandera mexicana su paño mortuorio.

“Mañana se levantará en Europa, contra ese gran recuerdo, la grito de los asalariados del odio. Os damos, tribuno, la palabra en defensa nuestra. Decidles que tenemos mucho amor á nuestra patria, para no santificar las virtudes del que ha muerto, y mucho orgullo para no arrojar sobre sus faltas el manto de nuestras glorias.

“Entretanto, al cerrar la tumba junto á la cual suenan con eco tan solemne, las palabras *constancia y fe*, hacemos ardientes votos por la República española, que será hija de vuestra fe y de vuestra constancia.

“Salud y fraternidad.—*Justo Sierra.*”

The Two Republics:

“¡Benito Juárez! El patriota, el restaurador, el constante luchador, el Moisés en la desgracia, conduciendo al pueblo á la tierra prometida, que jamás le detuvieron los obstáculos terrestres para llevar á cabo su gran misión, ha pasado á la Historia; deja una memoria que será imperecedera en la historia mexicana.”

El Eco de Ambos Mundos, La Ortiga, El Domingo, el Vorwaerts (órgano de la colonia alemana) y gran número de periódicos de los Estados, rindieron tributo de justicia, en términos de admiración también, al Sr. Juárez, con ocasión de la muerte de tan esclarecido patricio.

Se distribuyeron esquelas de defunción que fueron así redactadas:

“Anoche, á las once y media, ha fallecido el ilustre C. BENITO JUÁREZ, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. El Presidente Interino, al participar á usted con el dolor más profundo tan deplorable acontecimiento, le invita á que asista al funeral, que se verificará el martes 23 del presente mes, en el Cementerio de San Fernando.

“México, Julio 19 de 1872.

“El duelo se reunirá en el Palacio Nacional, á las nueve de la mañana, y se disolverá en el Cementerio.”

El 19 quedó embalsamado el cadáver, y el 21, á las seis de la tarde, fué expuesto en el Salón de Embajadores, que había sido preparado al efecto. Depositados en el catafalco, que se había cubierto con un gran paño negro adornado con franjas de plata, custodiaban los restos una guardia de granaderos, y los ayudantes que fueron del Sr. Juárez, quienes se turnaban para tan triste misión.

“Ayer (*Diario* del 22) era inmensa la concurrencia del pueblo, ávida de contemplar los restos del hombre de la Reforma: han afluído, dominadas de este deseo, multitud de personas procedentes de las poblaciones inmediatas á la capital, y mezcladas con los habitantes de la misma, inundaban el patio principal, los corredores y las escaleras de Palacio, esperando el ansiado momento de ver por última vez á D. Benito Juárez. Aquél llegó, y la multitud comenzó á invadir el salón dirigiendo sus miradas con respetuosa ternura á ese cadáver que ha llenado de luto á la Nación.

“Aquella corriente humana, aquella demostración de angustia popular, se prolongó desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, hora en que la autoridad mandó suspenderla, porque así lo juzgó conveniente.

“La demostración ha vuelto á repetirse hoy desde las siete de la mañana con el mismo afán, con la misma ansiedad de ayer: la concurrencia sigue agrupándose en torno del catafalco, y desfila triste y silenciosa. Si es verdad que no todo acaba en la tierra, el alma del caudillo de la Reforma estará satisfecha viendo desde otras regiones que el niño, el joven, la mujer, el hombre y el anciano de todas las condiciones, han ido á depositar las ofrendas del dolor junto á su tumba, y que al apartarse de ella, parece que renuevan su fe con esta espontánea exclamación que se escucha en todos los labios: *Ya he visto á JUÁREZ.*”

De Oaxaca se solicitó que se depositasen en Villa Juárez los restos, según telegrama del 21, que recibió la familia del Benemérito.

En la Orden General de la plaza, del 22 al 23, se hacía saber á la guarnición lo siguiente:

“Debiendo tener lugar el día de mañana la inhumación del benemérito de América y Presidente de la República, C. Lic. Benito Juárez, el C. General Comandante militar se ha servido disponer que los funerales á tan digno Magistrado, se hagan de la manera siguiente:

“Abrirá la marcha de la procesión fúnebre, la escuadra de batidores del segundo Cuerpo de Caballería, á la que seguirán las corporaciones respectivas, cuatro soldados de la guardia de honor del finado C. Presidente, los que se colocarán á los costados del carro fúnebre, que deberá conducir el féretro, cuya guardia la dará el primer Batallón permanente, colocándose á retaguardia de aquél.

“En el acto de salir del Palacio Nacional el cortejo fúnebre, la batería situada en la Plaza, disparará cuatro tiros consecutivos, é igual número cuando llegue á la esquina de la Mariscalá.

“La columna de que se hace mención, la formarán las compañías de alumnos del Colegio Militar, una batería de campaña de la primera brigada de artilleros, el primer Batallón permanente, el primero del Distrito y dos cuerpos de Caballería de esta plaza.

“Los cuerpos que forman la expresada columna, se situarán á las ocho en punto de la mañana, en el orden siguiente:

“La escuadra de batidores que deberá abrir la marcha, será colocada por un ayudante de esta Mayoría en el lugar correspondiente.

“Las compañías de alumnos del Colegio Militar apoyarán su cabeza en el espacio de la puerta del centro de Palacio á la del cuartel del primer Batallón permanente, con el frente al mismo edificio, formando en seguida la batería de campaña, la que irá dotada con veintiún tiros, el primer Batallón permanente, primero del Distrito y cuerpos de Caballería, prolongándose la batalla hacia las calles del Seminario y Reloj.

“Las fuerzas que componen la anterior formación serán mandadas por el C. Mayor General de la primera División, General Agustín Alcérreca, llevando su estado mayor respectivo.

“Los ayudantes de la Comandancia Militar, regularizarán la marcha de la clase militar.

“El mismo C. General Comandante Militar dispone que el propio día de mañana, á las ocho en punto, se enuentren reunidos en la secretaría de dicha Comandancia, todos los ciudadanos Generales, Jefes y oficiales francos de esta guarnición, para concurrir con él á los funerales mencionados, portando el luto respectivo que para los presentes casos dispone la ley.